



Claudio Rojo Cesca*

Especial para Tardes amarillas

Solemos hablar de películas como un hecho aislado del evento material, la experiencia humana de mirar en el diario los horarios del cine, ir al complejo a comprar las entradas y hacer la cola para entrar. Quienes tengan veinticinco años, seguramente recordarán épocas en las que ésta experiencia tenía sus diferencias con los tiempos que corren.□

Tengo el recuerdo (desagradable) de haber vivido una época sin salas de cine en Santiago del Estero. No tengo claro los períodos de tiempo, pero fue antes de la llegada de los multisalas a la provincia, en lapsos transitivos tras la primera oleada de extinción de los cines que nuestros padres y abuelos (tengo 30 años, más o menos se puede calcular) conocieron en sus días. Mi segunda infancia (llamémosle “infancia consciente”) empezó con el apogeo del cine centro, cuando Disney estrenaba La Bella y la Bestia, y en el Petit Palais se estrenaban funciones dobles con películas de Van Damme. Ahí, en el desaparecido Petit, fui a ver mi primera película con decapitaciones: Cyborg, en la que Van Damme, uno de esos héroes de antaño, que actuaban mal, entre otras cosas, porque no hablaban bien el inglés (casi casi como Keanu Reeves), se batía a castañazos contra un grupo de piratas del futuro. Había una escena, me acuerdo, en la que los villanos torturaban al héroe y lo subían a una especie de cruz, improvisada con el mástil de un barco. Yo tenía siete años, más o menos, y no se me movía el estómago con la violencia de la pantalla grande. Como si fuera lo mismo, también en el Petit, fui a ver Willow, Las Tortugas Ninja, Rocky V –una de las malas, pero igual, nosotros aplaudíamos y vitoreábamos con fervor tribunero: rocky rocky rocky!!-. Era especial, la experiencia del cine. No sé si achacárselo a una característica de aquellos tiempos (una sensación de maravilla sin la erosión de lo cotidiano, de la cosa vista previamente) o a una infancia potente, que no se mide en el amor por lo gigante.

